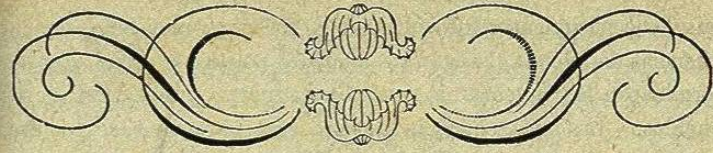




Viuda e hijos de Arango

Llano

SEFORA



## SEFORA.

---

La muger dotada de bellas prendas  
adquirirá gloria...

(Prov. cap. XI v. 16)

---

**S**EGUN todas las probabilidades, desde las fértiles llanuras de la Armenia, en donde las diversas tradiciones colocan la cuna de las sociedades, los primeros hombres se esparramaron á lo largo de los grandes rios y de las costas del Mediterráneo hasta el Océano indio y al pié de la Himalaya, y hasta el centro del África por el istmo de Suez, llevando consigo en su emigracion los gérmenes de las ciencias y de las artes, y fijándose desde luego en un suelo rico y abundante por naturaleza, se hallaron en las mas felices disposiciones para llegar fácilmente á un grado de civilizacion, á que solo á duras penas podian alcanzar las colonias arrojadas á tierras lejanas é ingratas. El patrimonio de los pri-

mitivos conocimientos fué cultivado y fué creciendo bajo las influencias del clima y según su adelanto político y social, que determinaron las diversas aptitudes y la fuerza intelectual de los pueblos. Los unos, entregándose á la caza para vivir, se hicieron guerreros; los otros, recibiendo su alimento de la leche y de la carne de sus ganados, fueron llevados por la holganza á la observación de la naturaleza y al ejercicio sosegado de la reflexión. Estos, sacando de la tierra sus alimentos, estudiaron el curso de las estaciones, abrieron canales para mejorar el terreno, empresionaron los ríos en poderosos diques: aquellos, haciendo flotar sobre los mares su industrioso pabellón, sirvieron de lazo y de intérprete común á todas las familias dispersas desde un extremo al otro del Asia. Así pues, sin dejar de conservar su carácter propio las naciones del Oriente, y sobre todo la Persia, la India y el Egipto, estuvieron unidas por estrechas y frecuentes relaciones que tenían por objeto la religión, las ciencias, el comercio y el gobierno; así también la sabiduría de Méfis se ilustró con todos los rayos que le venían de las orillas del Eufrates y del Ganges.

Aun cuando no quiera de buen grado convenirse en los elogios prodigados en todo tiempo al antiguo Egipto, fuerza sería reconocer que esta nación ocupa un encumbrado lugar en la historia del ingenio humano. A buen seguro que los generosos principios que respiran las costumbres y la leyes modernas no presidieron á la organización política del reino de los francos, pero la parte siniestra de aquella organización era el resultado del espíritu universal de los antiguos pueblos, y la parte de grandeza se convertía bajo la dirección de los sabios en un manantial enérgico y fecundo de gloria y de prosperidad nacional. Cautas fuertemente constituidas impedían la igualdad de producirse; y la libertad individual quedaba como ahogada bajo la presión terrible de su autoridad á que se llama el estado, cuya fuerza y prerogativas habían tan prodigiosamente exaltado las sociedades paganas. Pero el Egipto por lo ménos, había consumado hechos dignos de una memoria inmortal, algunos de sus reyes hacían temblar bajo sus

plantas una parte del Oriente, y monumentos indestructibles son perennes testimonios de las conquistas que aquellos adquirieron sobre la naturaleza. Del Egipto tomaron las antiguas naciones de Europa los primeros elementos de su legislación, y aquel país guarda en su sepulcro la reputación del mas sábio de todos los imperios que duermen bajo las ruinas de lo pasado.

En medio de este desarrollo intelectual y entre las maravillas de esta civilización brillante, pasó Moisés todos los años de su juventud, siendo iniciado profundamente en los secretos de la ciencia egipcia. Viviendo en la corte, pudo estudiar el mecanismo de la administración, y el hábil manejo de aquellos ocultos resortes que mueve la mano del poder para defenderse en lo interior y gobernar por de fuera, y para establecer y conservar la unidad y la grandeza de un pueblo. Posteriormente la inspiración vino á depurar aquellos elementos de política puramente humana; darles el carácter de una certidumbre superior é imprimirles finalmente el sello de una sabiduría sobrenatural, colocando así á Moisés sobre todos los gefes de nación, sobre todos los legisladores y sobre todos los filósofos que han guiado la marcha difícil de la humanidad al través de los siglos. No hay planta de hombre que haya dejado mas hondos vestigios sobre la tierra.

Entretanto Moisés presenciaba un espectáculo triste y desolador, que no tardó en ser para su noble y poderoso génio como una revelación de sus destinos. Los hebreos, sus hermanos, gemían en la esclavitud. Dos cosas habían llamado sobre sí el odio y la dureza de los egipcios: su número siempre en aumento, y la diferencia de su religión. Con el fin de reprimir esa raza que les causaba ya alguna inquietud, y de quitarles al mismo tiempo la idea y la posibilidad de una revuelta, derramaron el duelo y la opresión sobre su existencia: inmoláronse bárbaramente sus hijos al nacer, y toda ella fué sobrecargada de tributos insoportables, sujeta á privaciones crueles, y condenada al mas duro trabajo. Los hebreos se vieron empleados, como se empleaba entre los antiguos á los extranjeros, á los vecinos y á los cautivos, á construir con

afan edificios gigantescos, en los cuales el natural del país tenía por gloria no haber puesto su mano: ellos edificaron, entre otros monumentos, las ciudades de Rameses y de Pithom, bajo el látigo y los insultos de sus opresores. La abyección de la servidumbre no dejaba de producir entre ellos su efecto; y aunque no disminuía su propagación y aumento, enervaba su alma, apagando en ella bajo el peso de la miseria el instinto natural de la independencia; por manera que en la noche de aquel sombrío cautiverio, ni el menor vislumbre aparecía de emancipación ni de libertad.

Cierto día Moisés, saliendo del palacio de los Faraones, fué á visitar á sus hermanos, y pudo convencerse por sus propios ojos del exceso de sus sufrimientos y de los indignos tratamientos que se les daban. A su presencia un egipcio apaleó sin piedad á un hebreo. Indignado Moisés por acción tan infame, arrojóse como un león sobre el vil representante de la tiranía, y habiéndose asegurado de que de nadie era visto, le mató, y ocultó el cadáver en la arena. El día siguiente un nuevo espectáculo le llenó de amarga tristeza; los hombres de su raza no se entendían entre sí, agravando con sus intestinas divisiones la suerte ya tan dura á que les condenaba la tiranía de sus opresores. Dos hebreos se llenaban de injurias, llegando á las manos. Moisés se empeñó en reconciliarlos, haciéndoles presente cuán grave mal era su desunión delante del enemigo común; é informado de parte de quién estaba la sinrazón, «¿por qué hieres á tu hermano? le dijo»—«¿Qué te importa? respondió el agresor. ¿Quién te ha constituido príncipe y juez entre nosotros? ¿Quiéres acaso matarme, como hiciste ayer con aquel egipcio?» Esta dura respuesta inspiró algún recelo á Moisés, el cual no creía que el suceso de la víspera se hubiese hecho público, y conoció que en adelante no estaría su vida en seguridad. Y realmente informado el rey de la muerte violenta del egipcio, determinó vengarla en la persona del matador, y había ya dado la orden de buscarle para darle la muerte.

Huyó, pues, Moisés de la tierra de Egipto, y se retiró á la región de Madian, al oriente del Mar Rojo, y no lejos del Monte Si-

naí. Estaba sentado junto á un pozo descansando y tomando el fresco. Algunas muchachas llevaban allá sus rebaños para abrevarlos, cuando llegaron muchos pastores, y se propusieron echarlas de allí cobardemente. Sin temer el número de sus adversarios, y aunque extranjero, el fugitivo protegió generosamente á las jóvenes, é hizo beber á sus ganados. Al volver ellas á la casa de su padre, llamado Jethró, sacerdote del país, preguntóles éste, cómo venían mas presto de lo acostumbrado. Y respondieron ellas: «Es porque un egipcio, despues de habernos defendido contra la injusticia de algunos pastores, nos ha ayudado en nuestro trabajo.» «¿En dónde está este hombre? repuso Jethró, movido por semejante fineza. ¿Por qué le habeis dejado partir? Llamadle, y que nos acompañe en nuestra comida.» Moisés recibió gozoso aquella hospitalidad; no tardó en captarse la benevolencia del sacerdote Madianita, que le dió por esposa á Séfora, una de sus siete hijas. Dos hijos le nacieron de este enlace, al primero llamó Gersan, en memoria de su peregrinación sobre una tierra extraña, y llamó al segundo Eliezer, para expresar que Dios le había protegido, librándole de la venganza de Faraon.

La fresca y risueña imaginación de una mujer trazó de esta *juventud de Moisés* un cuadro bello y animado, á que dió el nombre de las *Pastoras de Madian*. La célebre escritora abre la escena en el momento en que Moisés, despues de haber herido de muerte al egipcio, se vé en la precisión de huir de Ménfis y refugiarse en el país de los Madianitas. Para dar mas interés al cuadro, considera al jóven héroe extraviado en el desierto de Sinaí, pues nada tan propio como el desierto para comunicar en cierto modo su inmensidad en los vastos proyectos de una alma grande y entregada á sus propias meditaciones. Rendido del cansancio, se duerme al pié del monte, desde cuya cima había de ver despues la fulgurante majestad del Señor, y en cuyo lugar le hacer tener muy á propósito un sueño profético. Prosigue su camino, y llega al país de Madian.

Descansa Moisés junto á un pozo, al cual Séfora y sus seis her-

manas, hijas de Jethró, gran sacerdote del verdadero Dios, se acercan para abreviar sus rebaños. Esta escena vuelve á conducirnos naturalmente á las nobles y puras costumbres de los antiguos patriarcas. Séfora recuerda aquí á Rebeca y á Raquel. Pone Moisés en vergonzosa fuga á los insolentes pastores que, conducidos por Ithamar, pretendian robar á aquellas jóvenes, y Jethró, lleno de gratitud, recibe en su casa á Moisés, y le suplica que refiera sus aventuras.

Nada mas natural y oportuno que poner aquí en boca de Moisés la historia actual de su pueblo, las crueldades de Faraon, la opresion de sus hermanos, el prodigio obrado en el rio, á donde fué echado él mismo despues de nacido, y su abandono y casi infalible muerte, á no haber intermediado la compasion de Thermútis, la hija del rey, la cual, prendada de sus gracias, le adoptó por hijo, y tomó el cuidado de su educacion en su propio palacio.

Descúbrese ya los destinos del futuro legislador. Moisés marcha con los israelitas á sacrificar en el desierto, y allí reconoce á sus verdaderos padres. Vuelve á Thermútis, y declara á la princesa su resolucion de vivir con ellos. Aquí la piadosa escritora, para dar mas interés al jóven hebreo y á la poderosa influencia de su palabra, forma de la princesa una conquista para el verdadero Dios; circunstancia que no se halla en el texto sagrado, pero que puede suponerse sin contrariarlo. La princesa manifiesta su dolor en tener que separarse de Moisés; pero éste permanece inflexible en su resolucion. Empieza ya la envidia y la murmuracion de los hebreos contra su bienhechor, pasiones mezquinas de un pueblo degradado, que tanto dieron que sufrir á Moisés durante su penosa peregrinacion por el Desierto, al cual tiene que refugiarse por haber asesinado á un egipcio, para librar de su tiranía á un hijo de Israel.

Para realzar mas el carácter del héroe con la risueña pintura de los castos é inocentes amores de Moisés y de Séfora, mezcla la poetisa un nuevo y doble triunfo de éste sobre un tumulto del pueblo Madianita amotinado contra él, y apaciguado con una arenga de

Jethró. Y este mismo pueblo, que exitado por Ithamar, atentaba contra la vida del extranjero, le lleva despues en triunfo, por haber muerto á un leon. Ved ahí una doble victoria de Moisés sobre una fiera y sobre la fiereza, mas indómita y temible casi siempre, de una muchedumbre amotinada.

Con la describeion de esta aventura forma contraste despues la fiesta religiosa de la garba sagrada, fiesta tomada de las costumbres agrícolas de aquellos pueblos que habian adelantado ya un grado mas sobre los pueblos puramente pastores. A esta risueña perspectiva se añade la llegada de Ménfis del mensajero que trae el permiso de los padres de Moisés para enlazarse con Séfora, y además regalos á ésta de parte de la princesa. Ithamar, sin embargo, tenaz en su odio contra Moisés, consulta al adivino Baalam cómo perderle. Pero la última conjuracion tramada contra el jóven hebreo, es tambien otro triunfo de éste, pues los conjurados caen sin aliento á sus piés, triunfo que prepara el bello instante de la felicidad de Moisés, enlazándose con la tierna y graciosa Madianita, á la que habia elegido su corazon; dichoso en escojer á la que le habia escojido á él por suyo. Tal es el sucinto plan de la *Juventud de Moisés*, de cuya preciosa produccion omitimos trascribir algunos fragmentos en gracia de la brevedad.

Por largo tiempo la vida de Moisés discurrió sencilla y apasible. Cuidaba de los ganados de su suegro, conduciéndolos hasta las orillas del Mar Rojo y á lo largo de los vallados de Horeb y del Siná. El Horeb y el Siná, dos cimas de la misma montaña, descollando sobre las otras montañas que cubrian la Arabia, como enormes tiendas levantadas por un ejército de gigantes; vastas llanuras de áridos arenales, que el viento del Sudocste arroja delante de sí por masas formidables, como ondas de un océano sin orilla; entre estas montañas y aquellas llanuras líneas de verdor, tamarindos, espinosas acacias, y mas allá caminos escarpados y angostos desfiladeros; por sobre de un cielo de fuego, profundo y sin nubes; alrededor lejanos horizontes, caprichosos y severos, las

imponentes escenas de la soledad, un silencio nunca interrumpido; en el seno de esta grandiosa naturaleza paseaba Moisés su conciencia egipcia y las meditaciones de su géneo: allí tomaba colorido la imaginacion del escritor, y se formaba el varonil carácter del futuro libertador de los hebreos. Porque hasta cierto punto el alma humana toma el tinte de los lugares que habita, y hay en nuestras facultades mas independientes cierta parte impresionable, en la cual resuenan armónicamente todas las impresiones recibidas por los órganos, y en donde se deja vivamente sentir la influencia simpática del dia que nos alumbrá, del suelo que nos sostiene, de las diversas condiciones entre las cuales se desliza nuestra existencia. No es esto decir que Moisés encontrase en la sola contemplacion de la naturaleza y en sus solitarias meditaciones, todo el secreto de su mision y de su poder extraordinario; no, esto le vino de lo alto. Queremos significar tan solo que allí, en aquel desierto magnífico é inspirador halló aquellos elementos de feliz acierto que la Providencia en realidad no siempre exige de los hombres que para sus designios ha escogido, pues que para nada los necesita; pero de los cuales se digna servirse de ordinario, á fin de honrar en cierto modo el trabajo y el valor de sus criaturas inteligentes y libres, dejándoles que pesen algun tanto en la balanza de sus eternos consejos. Acostumbra, por fin, abrirse, al través de las cosas de la tierra, sendas asaz imprevistas y sorprendentes, para que las almas sinceras y rectas no confundan el resplandor incomparable de sus obras con los tímidos destellos del géneo del hombre.

Muchos años habian ya trascurrido que Moisés vivia en aquel oscuro aislamiento, donde las almas varoniles adquieren una concentrada energía, que las hace imperiosas y soberanas, dándoles seguridad de sí mismas; y de consiguiente un dominio irresistible sobre las demás. Cierta dia habia conducido los rebaños de su suegro hasta las faldas de Horeb. De repente una viva y suave llama salió de en medio de una zarza que permanecia ardiente é incombustible. Sorprendido de vision tan inesperada, "voy á ver, dijo, de mas cerca esta maravilla, y cómo no se consume la zarza."

Y al acercarse, salió de en medio de la llama una voz que llama á Moisés. "Aquí me tienes," respondió él, y se le dijo entonces: "No te acerques mas: quítate el calzado, porque la tierra que pisas es santa. Yo soy el Dios de tu padre, el Dios de Abraham, el Dios de Isaac, y el Dios de Jacob." Cubrióse Moisés el rostro, temblando de respeto y sobreecogido de un religioso terror; no osaba levantar los ojos hácia el punto donde se dejaba percibir la voz de Jehová. "He visto la tribulacion de mi pueblo en Egipto, dijo la voz, yo he oido sus clamores á causa de la dureza de los que vigilan en sus trabajos. Y conociendo todo el fondo de su afliccion, he descendido para libertarle de las manos de los egipcios, y hacerle pasar de aquella tierra á otra region fértil y espaciosa, de la que mana leche y miel, al pais de Canaan..... He visto cómo los hijos de Israel son oprimidos de los egipcios; ven, pues, tú: yo te enviaré á Faraon, á fin de que hagas salir del Egipto á mi pueblo, los hijos de Israel." Esta llama y estos acentos, misterioso y formal indicio de la vocacion de Moisés, ¿no son la imágen de la luz, regularmente repartida á cada uno de nosotros para guiarle en el camino de la vida, y el símbolo expresivo de esta voz fatídica que resuena en el fondo de la conciencia de los hombres superiores, los llama á las grandes empresas, y los precipita en la senda de su fatigoso porvenir?

Con todo, Moisés tiembla desde luego de aceptar sobre sí el cargo que se le acaba de imponer. Las dificultades se presentan á tropel á su pensamiento, y exclama: "¿Quién soy yo para ir á Faraon y sacar del Egipto á los hijos de Israel?"—"Yo estaré contigo, dice el poderoso interlocutor, y esta será la señal de tu mision; cuando habrás sacado á mi pueblo de Egipto, ofrecerás sobre este monte un sacrificio á Dios."—"Yo iré, pues, á encontrar á los hijos de Israel, respondió Moisés, y les diré: El Dios de vuestros padres me ha enviado á vosotros. Pero si me preguntaren cuál es su nombre, ¿qué les diré?"—"Yo soy el que soy; contestó el Señor á Moisés, y les dirás, pues: EL QUE ES me ha enviado á vosotros. Este nombre tengo yo en mi eternidad, y con

este se hará memoria de mí en toda la serie de las generaciones. Moisés dió á conocer sus temores de sus que hermanos los israelitas no le creerian sobre su palabra, y que no podria captarse su confianza. Cuando la voz le hubo confortado, mandando á la naturaleza y obrando delante de él prodigios manifiestos, insistió todavía, objetando en especial su pronunciacion naturalmente lenta y embarazosa que le favorecia muy poco para mover y arrastrar la multitud. "¿Quién, pues, ha formado la boca del hombre? repuso Jehová, ¿quién ha formado al mudo y al sordo, al que es ciego y al que no lo es? ¿No soy yo? Anda, pues, que yo estaré sobre tus lábios y te enseñaré lo que debes decir." Moisés tenia un hermano mayor, llamado Aaron, que se expresaba con soltura, y que le fué prometido como auxiliar. Desde entónces desapareció su timidez, cesaron sus dudas, y entró con firme resolucion en la carrera que se abria delante de él.

Pero ¿cuántos obstáculos le quedaban que vencer aún! Los hombres aletargados en la servidumbre no gustan de grito alguno que les despierte de su letargo; y si á la voz de algun libertador generoso se levantan, es para volver á echarse sobre sus soporíferas cadenas, es para volver á entregarse á los piés de la tiranía, en brazos de un sueño del cual les es penoso salir. Tales eran los hebreos, enervados por la esclavitud y embrutecidos por las groseras supersticiones del Egipto, cuyo escándalo permanente tenian siempre á la vista. Además, al lado de la muelle indolencia y tal vez prevenciones de sus hermanos, debia encontrar Moisés el poder y la hostilidad de sus señores: solo, sin recursos de ningun género, sin poder echar mano ni aun de los primeros elementos de accion que proporciona siempre un pueblo que tiene una patria, una organizacion, una vida propia, ¿qué podia él contra todo un imperio apoyado en la fuerza, en el vigor de sus instituciones y en todos los medios materiales de un buen éxito?

Luego, despues de la vision de Horeb, fuese Moisés á encontrar á su suegro, y sin confiarle su secreto, manifestó únicamente el deseo de visitar á los hebreos en su lastimosa servidumbre. Con-

sintió Jethró en esta demanda, y Moisés tomando á Séfora su mujer, y á sus hijos, les hizo subir y se dirigió hácia el Egipto. Pero á poco trecho, debió Séfora regresar á Madian, ya sea porque la débil mujer no se sintiera con fuerzas bastantes para emprender tan largo viaje al través de la soledad con sus dos hijos, ya sea porque Moisés creyó deber sacrificar las muelles dulzuras y los embarazos de la familia para reservarse toda la independenciam que consigo lleva el aislamiento, y cuando el hombre se halla empeñado en estos proyectos heróicos y en esas luchas fecundas, cuyo buen éxito pertenece en definitiva al que posee la comprension tan firme como la voluntad, no le quedaba ya otra vida que la de su cabeza; hasta sus mismas afecciones aparecen como actos de inteligencia y no como movimientos del corazon, tomando las proporciones y el carácter de sus pensamientos, y se observa cuál van debilitándose en él y extinguiéndose gradualmente aquellos dulces é íntimos sentimientos, que son el rico tesoro de mas modestas existencias y el inexplicable embeleso del hogar doméstico.

Moisés volvió á ver á su hermano Aaron y le informó acerca de sus proyectos: despues los dos penetraron en Egipto, y se descubrieron á los ancianos de Israel. Los viejos gozaban entre el pueblo de una elevada reputacion, se les tenia una absoluta confianza, y en cuanto lo permitian las circunstancias, nada se hacia sin su consejo. Además, algunos de ellos vigilaban en los trabajos de sus hermanos, pues existia una gerarquía en la servidumbre. Los egipcios, representantes del poder y ejerciendo una vigilancia general, escojian entre los hebreos comisarios responsables de todos los delitos prevenidos por el código de la tiranía, y que se cometiesen en los grupos que estaban bajo sus órdenes respectivas; y estos privilegiados de la esclavitud eran generalmente ancianos y gefes de familia. A estos, pues, se dirigió ante todo Moisés, y les convenció de su mision, haciendo inclinar las leyes de la naturaleza al mágico imperio de su palabra. Acojieron ellos favorablemente esas promesas de libertad, como el navegante undido en las sombras de la noche y de la tempestad contenta toda su esperan-